

CARLOS MONTEMAYOR

MEMORIA

En las calles donde antiguamente se levantaban las mansiones de los Reales de la Universidad, construcciones viejas cuyas torres de cantera contrastaban con la oscuridad de los álamos, de rincones indefinibles se desprendía una música que sobre el empedrado duraba lo que diez tañidos de campana. Quienes vivieron allí —ahora todo está desolado y silencioso— recuerdan con tristeza aquella música. Muchos juran que era el canto de un niño; juran otros que era la voz de una mujer que dejaba entrar en su lecho a niños fatigados. Pero los más respetables aseguran que el ruido de las calles se mezclaba con los últimos ruidos de la demolición de las casas antiguas y la confusión producida era la música que escuchaban en aquellos tiempos y de la que hoy recuerdan, con añoranza, su quietud e inmensa dulzura.

MARIANA

Mariana me dice que en esta ciudad, en noches calurosas o de lluvia, aparece de pronto en las calles, a la vuelta de una esquina, que cunde el terror y la multitud muere envuelta en una huida desesperada. Se dice que después camina sobre los cadáveres y en el lento recorrido sus uñas se entierran en la carne tan profunda y dulcemente que los cuerpos se abren con facilidad.

Mariana me dice que sucede en las noches. La ciudad se torna extraña, el aire se adormece, el ruido de las calles se hace dulce y todo parece muerto, como inmensamente antiguo. Quien está

cerca cuando aparece no sobrevive; es visible un instante, y así como alguien que pasea su mirada ociosamente puede morir, también ocurre que alguno se vuelva a ver un segundo más tarde y sólo vea la multitud de cadáveres abiertos que no lo hará morir, sino enloquecer.

Mariana jamás lo ha presenciado, pero me cuenta con sus labios y sus ojos las historias que hay en torno de esas noches de calor o de lluvia, cuando viene el repentino surgimiento en las calles y mata a multitudes que pierden la belleza de esta ciudad para siempre.

DE CAELO ET INFERNO

Los hombres de Eneldos (todos los ancianos del Norte), versados en su temor divino, afirmaban que se requería una intensa preparación piadosa para llegar al Paraíso, porque ahí todo es Distinto y Terminado y Puro. Un hombre sin preparación que llegara a estar en él —descartando que quisiera encontrar seres eternos, lugares infinitos, voces de luz, vírgenes que vez tras vez renueven su sangre limpia, suave— encontraría que cada movimiento de las cosas, cada línea del mar o de la arena, cada ruido del viento o de la noche, desaparecen ante cosas por completo desconocidas, privadas de un sentido o referencia humana, cuya sola presencia, perfecta, indescifrable, haría que ese hombre muriese de silencio, de sed, de miedo principalmente, de un terrible miedo y bien podría tomar al Paraíso por el Infierno. Gregorio de Niza impugnaba la pobre visión de este mundo.